

Una leyenda nahua de Santo Santiago

YESICA HIGAREDA RANGEL

LOUIS CARDAILLAC

El Colegio de Jalisco

Una de las leyendas sobre el asentamiento de la cultura nahua en la Sierra de Manantlán tiene como escenario el cerro de Peña Blanca, sagrado por haber sido uno de los hogares de los ancestros. Los mayores comentan que en ese lugar existió una laguna, habitada por una enorme serpiente que amenazaba al pueblo. Es un relato popular que se transmite de padres a hijos de manera oral; es una creencia, que tiene que ver con la práctica religiosa, en que aparece un héroe cultural, “Santo Santiago”, luchando contra una enorme serpiente y librando del peligro a los moradores de la región.

Este artículo se desprende de un proyecto de investigación sobre la medicina tradicional nahua,¹ pero sobre todo del interés de los autores por abordar el papel y la influencia de Santo Santiago en el establecimiento y la consolidación de la cultura nahua asentada principalmente en la Sierra de Manantlán, al suroeste del Estado de Jalisco y al noreste de Colima.

La cultura nahua forma parte de la región cultural del occidente de México y se desarrolló paralelamente a las otras culturas de Mesoamérica. En la región se ha registrado la presencia de asentamientos humanos desde el año 1500 a. C.; sus restos se distinguen por la calidad de la manufactura de sus figurillas, así como por algunas tumbas de tiro. Al igual que otras culturas prehispánicas de nuestro país, los nahuas te-

¹ Se estudia ahí la forma de concebir la salud y la enfermedad, los conceptos, los valores y los recursos materiales y simbólicos utilizados por los médicos tradicionales y la comunidad en general. Lo anterior aún juega un papel muy importante en el cuidado y la conservación de la salud hoy en día.

nían un guía espiritual, un curandero-sacerdote encargado de velar por el equilibrio universal. Actualmente el médico tradicional o “ramero” desempeña ese papel; se trata, en su mayoría de personas mayores, socialmente reconocidas y que, a pesar de un proceso de aculturación (Vargas, 1990: 154-158),² aún conservan en su memoria la palabra de sus antepasados inmediatos.

A partir de la Conquista, la mayor parte del bagaje cultural de los nahuas en la Sierra de Manantlán fue transformado por la ciencia y la fe cristianas. De esta forma encontramos que las imágenes católicas son personajes con poderes a los que los pobladores recurren en busca de auxilio y protección.

Antes de profundizar en el tema, consideramos conveniente puntualizar algunas apreciaciones para establecer el contexto cultural en el que nos moveremos: por un lado, la presencia de Santo Santiago en México y su influencia en la cultura durante el periodo colonial; por otro, el mito de Santo Santiago y el establecimiento de la cultura nahua en la Sierra de Manantlán. Este relato es transmitido de generación en generación, de padres a hijos, por medio de la tradición oral, como testimonio de la memoria de sus antepasados.

La presencia de Santo Santiago en México y su influencia en la cultura mexicana

El culto de Santo Santiago se introdujo en México con los conquistadores. Formó parte de lo que se ha llamado “la herencia medieval en España”. En efecto, allí llegó a ser uno de los mitos fundadores de Castilla. A través de sus legendarias apariciones, el apóstol animaba a los cristianos en su empresa de la Reconquista para expulsar a los mu-

² Luis Alberto Vargas define *aculturación* como la fusión de dos culturas, en donde casi siempre, una juega el papel dominante y la otra el de dominada. En el caso concreto de nuestro país la situación se complica porque fueron más de dos culturas las que se pusieron en contacto al momento de la llegada de los europeos.

sulmanes de España. Aquí, en México, se trataba de realizar conjuntamente la conquista militar de la Nueva España y otra de mayor importancia y trascendencia: la conquista espiritual, con el fin de afianzar el sometimiento de los indígenas, para luego integrarlos en el proceso de la colonización. El personaje de Santiago apóstol, montado en su caballo blanco, amenazando con su espada levantada al enemigo, se utilizó como símbolo aterrador que desde el principio actuó como mediador por excelencia entre el aniquilamiento del mundo indígena y la consolidación de la cultura de conquista.

Vencidos ya los indígenas, vieron en Santiago el gran factor de la victoria española, y su problema fue ganarse el favor de aquel casi dios que se mostró más poderoso que sus propios dioses. Así que para ellos el apóstol pasó de ser un santo cruel y vengativo a ser un santo tutelar y protector de la comunidad. Es el caso en la leyenda que nos interesa. En cuanto al otro protagonista del cuento que estudiamos, la serpiente, hay que situarlo en el sincretismo en el que se desarrolló la evangelización.

En un contexto cristiano, la serpiente representa el mal; es una serpiente bíblica. Ya en el libro del Génesis, el demonio toma la forma de una serpiente para tentar a Eva. Y en la tradición medieval, San Miguel y San Jorge cumplen la misión de defender las almas contra el maligno, representado en forma de dragón, o sea, de una serpiente enorme. Santiago lucha también contra el mal, representado por la herejía del Islam; por eso tiene a sus pies moros vencidos, que son otra versión del mal, sustituto de la serpiente. De modo que esta visión del mal, representada por la serpiente, y de Santiago vencedor del mal, al igual que los otros santos caballeros, formaba parte de la enseñanza de los misioneros y de la iconografía generalizada en las iglesias de los pueblos.

Otro mito católico muy relacionado con Santiago es el de la Virgen. María se ve como la nueva Eva (juego frecuente de palabras: Eva-Ave). Eva, por haber pecado con la complicidad de la serpiente, transmitió el pecado original a su descendencia, mientras María, “sin pecado concebida”, vence a la serpiente. Su mito se relaciona con Santiago. Algunos nahuatlato mexicanos, entre ellos Mariano Jacobo Rojas e Ignacio Dávila Garibi, no excluyen la posibilidad de que Guadalupe derive del mexicano *cuatlaseopenti* o *cutlaloepuh*, que significa “la que pisotea o ahuyenta la serpiente” (Weckman, 1994: 196).

Pero para los nativos la serpiente cobraba también otro valor. En efecto, en las mentalidades de las sociedades prehispánicas del México central y occidental se apreciaba a los animales grandes y feroces, como los jaguares o las enormes serpientes dentadas, que se veían como agentes del poder y de la autoridad divina. En la elaboración de la leyenda que comentamos interfieren los dos valores atribuidos a la serpiente: Santiago viene a liberar a la comunidad de la enorme serpiente que representaba los valores de la antigua religión, es decir, en la óptica colonizadora, del mal; pero había empezado una nueva era, en que esos valores antiguos ya no tenían vigencia, aunque no quisieran desaparecer. La serpiente tiene ya que refugiarse en lo más recóndito de la tierra, y cada vez que quiera resurgir, Santiago estará presente para librar al pueblo de su amenaza.

El establecimiento de la cultura nahua en la sierra de Manantlán

El texto que analizaremos fue proporcionado por uno de los hombres mayores de la localidad del ejido de Ayotitlán. Don Felipe, nuestro informante, es un médico tradicional reconocido socialmente en su comunidad (Rancho Viejo). En su narración encontraremos entre líneas algunos aspectos íntimamente relacionados con la forma de concebir la relación del hombre con la naturaleza que le rodea, las normas y conductas sociales cuya violación puede desencadenar una serie de catástrofes y enfermedades, no sólo a nivel individual, sino colectivo.

Don Felipe nos relata:

Los antiguos mexicanos vivieron en tres lugares: un lugar cerca de San Miguel, después La Cofradía y por último, Cuautitlán, al que también le llamaban Pueblo Nuevo. Tiempo después se fueron a Ayotitlán. Este último poblado se considera que está encantado y que, cuando se pierda el último vestigio de los antepasados, los habitantes y comunidad en general se ensordecen.

Existe una relación de los tiempos pasado, presente y futuro. El relato es un programa narrativo caracterizado por las palabras “está encan-

tado”, que le dan un aspecto maravilloso, de mito. Encontramos un motivo o circunstancia, el desarrollo del problema y un adyuvante que permitirá el desenlace del texto. Es importante resaltar en este primer párrafo que el mito es narrado por un anciano, es decir, uno de los depositarios del conocimiento de la cultura nahua en el occidente de México. “Una de las razones por las cuales los antiguos mexicanos cambiaron de lugar fue por la existencia de una culebra que habitaba en un lugar que le nombran la Peña Blanca, en una laguna”.

Los antiguos nahuas dividían el cosmos en trece pisos celestes y nueve pisos del inframundo. Cada piso celeste y del inframundo estaba habitado por diversos dioses y seres sobrenaturales menores. El cielo y la tierra conformaban el mundo inferior, terrestre, acuático, que daba origen a los ríos, los arroyos, los manantiales, los vientos y las nubes que provenían de los cuatro puntos de la superficie de la tierra. Los montes liberaban sus cargas en los manantiales y los vientos, para ocupar su sitio celeste. El mundo inferior se caracterizaba por su riqueza en agua y semillas, pero a su vez era concebido como avaro y cruel; estaba custodiado celosamente por los peligrosos chaneques o *tlaloques*, dueños de los manantiales y los conductos que comunican el cielo con la tierra y el inframundo.

En la cultura prehispánica del occidente de México, Tláloc es una de las deidades más veneradas en los cerros altos, es decir, en los lugares sagrados donde el curandero-sacerdote, a través de una ceremonia ritual, ofrendaba a Tláloc para que lloviera sin dañar los cultivos de maíz, para amarrar el viento y que éste no ocasionara borrascas. Se decía que los cerros eran los grandes graneros en donde los dioses almacenaban el maíz y el agua que posteriormente los dioses proporcionaban a los habitantes.

Actualmente, entre los pobladores de Manantlán, las cuevas, los cerros, los manantiales y en general cualquier corriente de agua son considerados como lugar clave de contacto con sus antepasados, a los que también nombran “anteriores” o “antiguos mexicanos”, dueños de todo lo que los rodea: aves, venados, ardillas, tejones, manantiales y, en general, toda la naturaleza. Peña Blanca es un cerro “peñoso”, considerado por las personas mayores como el contenedor de agua, el cazo del diablo. Los habitantes de la región muestran gran respeto al lugar, pues este es uno de los hogares de sus antepasados donde los pobladores pue-

den acudir en una fecha especial para obtener un arte. “Esta culebra se proyectaba a manera de arcoiris sobre el depósito de agua y devoraba a los pobladores, niños, mujeres y mayores”.

La serpiente es dotada metafóricamente de un tamaño enorme, además de que se alimenta de niños, que son considerados como los pobladores del futuro, de las mujeres, íntimamente ligadas con el tabú de la perpetuación de una población, y, por último, de los ancianos, es decir, los depositarios de la memoria. Se dice que cuando muere un anciano hay una biblioteca que se quema. La cultura nahua estaba, pues, en peligro de desaparecer de la región. “Los anteriores, tratando de huir, buscaban nuevos lugares donde poder estar seguros, pero siempre los encontraba... Yo creo que con su lengua los olía y los encontraba muy fácil. Cada vez que encontraban un nuevo lugar la culebra llegaba al caer la noche y devoraba a una persona”.

Este párrafo narra la historia de un pueblo en peligro por el constante asecho de la enorme serpiente que ataca por la noche a sus habitantes. En sentido simbólico, el mal está representado por la noche, la oscuridad, y por la forma de proceder de la serpiente: por sorpresa.

Los mayores, cansados de no poder vivir tranquilos, se reunieron a platicar y acordaron que tenían que mudarse a una región en la que el pueblo tuviera tranquilidad y pudiera sembrar y vivir sin miedo. Pasado el tiempo, la culebra los encontró y nuevamente fueron atacados. Los antiguos tuvieron que sacrificar otra vez a un niño cada ocho días, con tal de que la culebra los dejara vivir en paz.

Se resalta la importancia, el rol social, de los ancianos, los sabios de la comunidad que, precisamente por poseer todo un bagaje de conocimientos y una gran experiencia, debían remediar esta catástrofe: su pueblo amenazado por una fuerza oscura, maligna. En la relación geográfica del siglo XVI se decía que en Jiquilpan se sacrificaban niños al dios Tláloc, para calmar la ira del dios y que se alejaran las tormentas, los ventarrones y las borrascas.

Pero sólo pudieron aguantar un tiempo, y fue entonces cuando los doce ancianos tomaron la decisión de enfrentar a la culebra y matarla. Empren-

dieron su camino rumbo a la Peña Blanca armados con piedras y palos. Al llegar al lugar se pusieron alrededor de la laguna esperando a que la culebra apareciera.

El enfrentamiento entre fuerzas opuestas: el bien y el mal, la luz y la oscuridad.

Al caer la tarde, un hombre con una espada, montado en un caballo muy grande de color blanco, les dijo que era imposible que ellos pudieran matar a la culebra, porque ella era muy astuta y de un suplido podía matarlos. El caballero Santiago les propuso que le dejaran matar a la culebra, pues él sabía la forma de salir triunfante. Los ancianos se fueron a su comunidad.

En el momento más dramático que viven los nahuas, los doce ancianos, que podríamos suponer eran curanderos-sacerdotes, debían librar a su comunidad de tan grave amenaza. Santo Santiago hace entonces su aparición: es el adyuvante para que la población no desaparezca, permite que ésta perdure hasta nuestros días. La lucha se llevará a cabo con armas y fuerzas iguales.

Al anochecer escucharon un estruendor, vieron rayos a lo lejos. A la mañana siguiente, los doce ancianos tomaron piedras y palos y fueron a ver qué había pasado. Al llegar al lugar, quedaron sorprendidos porque la laguna se había secado, y de tanta agua sólo quedó el arroyo de San Miguel, que se une al arroyo verde de Cañadas en la carbonera, el de Telcrucito de la Piedra Pintada y el arroyo hondo en la Ocotera de Rancho Viejo.

El enfrentamiento entre Santiago y la culebra es la representación simbólica del bien y del mal y, a pesar de que el bien triunfa sobre el mal, éste no desaparece de la región, sigue presente, quiere echar raíces. Pero Santiago, el hijo del trueno, lo controla y lo condena; obliga a la serpiente a no salir del cerro y no dañar ni infundir miedo a los pobladores.

Dicen que cuando es temporada de lluvias sale, pero sólo cuando hay borascas o terremotos. Hay culebras de siete u ocho cabezas, dependiendo

de su edad. Cuando uno escucha un estallido es señal de que la culebra ha golpeado la tierra para poder salir, aprovechando que llueve y poder irse con el cauce del río. Cuando se escucha el estallido, es el momento en el que se ve liberada de su encierro: unas vuelan hasta llegar a una corriente de agua, otras que son pequeñas sólo salen y se vuelven a enterrar allí en el resguardo de agua que queda por la borrasca. Si tú pasas por ese lugar sientes mucho frío; dicen las gentes de aquí verdad, pero eso no le sé decir.

Actualmente aún está presente la creencia de que los antiguos mexicanos en ocasiones están molestos con los pobladores y por eso envían los vientos, las tormentas y por supuesto las borrascas. Este último mecanismo permite destruir la prisión en la que la serpiente fue colocada por Santo Santiago. Los pobladores en su mayoría son cautelosos, se mantienen a distancia de algún resguardo de agua producido por el derrumbe de un paredón con vegetación: generalmente el “coamile” se viene abajo y con tanta agua se acedan las plantas y se pudren. Cuando se ven forzados a cruzar por un cauce, algunos pobladores ofrecen vino a los duendes, que son los guardianes de las puertas que comunican la tierra con el inframundo. Se dice que el escalofrío sentido al pasar por el resguardo de agua se debe a que el canal de comunicación entre la tierra y el inframundo está abierto y por allí salen los vientos de ese piso.

Conclusiones

La leyenda de Santo Santiago nos remite a una tradición íntimamente relacionada con normas de conducta social que tienen que ver con la concepción del universo, del equilibrio entre el bien y el mal. En este sentido, el médico tradicional es el encargado de realizar determinados ritos para apaciguar a los señores de los cerros, a los malos vientos.

Santo Santiago es un héroe cultural, es una leyenda que se transmite de padres a hijos de manera oral. El testimonio de don Felipe narra una creencia popular de una cultura particular: los nahuas de la Sierra de Manantlán. Es la historia de un pueblo que estuvo en peligro de sucumbir ante el mal simbolizado por la serpiente, pero que se salvó gracias a la intervención de Santo Santiago. Podríamos concluir que Santo San-

tiago es uno de los elementos que conforman la dualidad en el equilibrio de las cualidades de una persona e inclusive de una deidad como lo es Tláloc.

En las fuentes del centro de México, tales como la relación geográfica del siglo XVI, se menciona el sacrificio de niños en los cerros a manera de ofrendas. En la cultura prehispánica, particularmente la nueva cultura localizada al norcentro y noroccidente de nuestro país, los cerros más altos eran considerados como lugares sagrados donde los curanderos-sacerdotes realizaban ciertas ceremonias de culto al dios Tláloc, con la finalidad de recuperar o mantener una armonía o equilibrio en su cosmos. Tláloc es asociado con Quetzalcóatl, serpiente emplumada, y con Ehécatl, dios del viento que sopla antes de la lluvia.

Bibliografía citada

- VARGAS, Luis Alberto, 1990. *La aculturación del saber médico. Medicina novohispana siglo XVI*. En *Historia general de la medicina en México*. II. México: UNAM.
- WECKMAN, Luis, 1994. *La herencia medieval de México*. 2a. ed. México: FCE.